



## ARTE PROLETARIO

# Balance de la obra de Facio Hebequer

Cuando Facio Hebequer empezó a hacerse conocer por nuestro público, nuestros artistas plásticos se encontraban ante un callejón sin salida. Unos habían recogido la herencia de los impresionistas franceses y exponían ante los ojos distraídos de la burguesía compradora, paisajes con sol, paisajes sin sol, días grises y mañanitas diáfanas. Exhibían también retratos de prohombres, retratos de señoras, retratos de arzobispos, mazorqueros de grandes proporciones, banqueros adiposos apoyados en su mesa de trabajo. Todo esto realizado a la manera de los retratistas académicos españoles, con una que otra audacia violeta a lo Zuloaga en el mentón.

Otros artistas, descontentos con esta repetición de los paisajes grises o asoleados que ya no tenían siquiera el acento polémico con que los pintaron Renard, Monet o Degas, y descontentos también del academismo que los indigesto como un plato fuerte de la cocina de Extremadura, demostraban su disconformidad con ayuda de las formas agresivas del cubismo y sorprendían al burgués indiferente con rectángulos, rombos y cuadrados que éste no acertaba a comprender y que permanecían por lo tanto herméticos, gritando desde las paredes de los salones un culto nuevo y esotérico que sólo de unos pocos iniciados demostraban practicar, intercambiando entre ellos sonrisas misteriosas.

Pero unos y otros, impresionistas, pasatistas y cubistas coincidían todos en ciertas premisas fundamentales que nadie se atrevía a negar:

1o. El artista, ser dotado de una inspiración casi divina, estaba destinado a exaltar la belleza, a desentrañar la belleza de todas las cosas del mundo exterior y debía estar por consiguiente por encima de la miserable, de la vil lucha que entablaban en el campo social hombres sin inspiración que no habían escuchado la voz celestial de la estética suprema.

2o. El artista formaba con el filósofo el escalón más alto de la inteligencia humana. Ya fuera admirado o incomprendido, ya le pagaran sus cuadros muchos miles o languidciera de hambre en un altillo, el artista no era menos la jerarquía más elevada en la sociedad humana, el hombre que estaba poseído por la belleza, por la belleza suprema que emana de Dios.

Creían los artistas de hace veinte años, como el Octavio de Romeu de Eugenio d'Ors que eran troupas de música, zumbando su melodía celestial. Y cuando se ahogaban les parecía que Dios los había tomado por el cuello para darles cuerda.

Nos ha llegado el momento de hablar de Facio Hebequer. No ya del camarada cordial y decidido con el que trabajábamos en una obra común, sino del artista y de la proyección de su obra en el futuro social de toda nuestra época. Hasta hace pocos días Guillermo Facio Hebequer recorría, con su carpeta de litografías debajo del brazo, los centros obreros, las bibliotecas populares, los teatros proletarios, llevando a todas partes donde los trabajadores manuales e intelectuales se esfuerzan por organizarse, la palabra hecha plástica, el aleccionamiento doctrinario hecho figura, el ejemplo de su vida y de su obra. Nosotros, los que lo hemos acompañado cien veces en sus jiras, retomamos emocionados su material de agitación y nos aprestamos a continuar la lucha. Lo que se propuso este hombre y lo que consiguió está bien patente en la multitud de instituciones que hoy realizan homenajes a su memoria y que ofrecen la oportunidad de hacer el balance de sus actividades y de pesar con exactitud la importancia de su obra.

Nos parece que el amigo estuviera al lado nuestro en estos momentos, silencioso y activo, dispuesto a subrayar lo que escribimos con la exposición de sus grabados y litografías, para que si alguno no hubiera entendido todavía con suficiente claridad lo que aquí se dice, comprendiera mirando la obra lo que a veces la palabra no alcanza a expresar con nitidez.

Quién se hubiera atrevido en este período a bajar de su pedestal al artista? Quién se hubiera atrevido a recordarles que sus colegas griegos del siglo de Pericles eran considerados en su sociedad como artesanos linderos con la esclavitud, que los artistas egipcios y asirios podían ser decapitados por sus monarcas si la obra no servía a los fines políticos a que la destinaban, y que los tallistas que levantaron en el mundo caótico de la edad media los portales labrados de las catedrales góticas que se elevaban al cielo como un clamor de muchedumbre, fueron hombres oscuros y anónimos que vivían de las migajas que les arrojaba la magnanimidad de reyes, señores, abades y arzobispos?

Facio Hebequer se atrevió a decirlo; vino a propagar una idea distinta del arte y una diferente jerarquía social del artista. Llegó a los salones desde los bajos fondos, donde se había contaminado del dolor y la miseria de los oprimidos, donde había comprendido la lucha de clases que no llegaba hasta los ateliers de la calle Florida. Llegó llevando en los zapatos el barro de la Quema y de la Vuelta de Rocha, ensució las alfombras y dijo con voz pausada y grave:

“Esto que traigo aquí para mostrarles, es la esencia del suburbio de las grandes ciudades. Esto es lo que Vds. no han querido ver porque les convenía callar para hacerse ricos y famosos. Este es el espectáculo que desagrade más a los burgue-

